

Hombría y Castidad

(del Semanario «Signo»)

«Hay dos métodos de construir el pensamiento moral: el de los hombres que piensan antes de realizar los hechos y obran conforme al pensamiento y el de los que piensan después de las acciones para crear teorías que justifiquen las mismas. No es sólo en la vida de cada día; en la ciencia, principalmente en la filosofía y en la biología, también se observa este modo de construir el criterio.

El que piensa lo que debe hacer podrá equivocarse, pero al menor rayo de luz divina que vea a su alrededor se aferrará a él y quedará en él prendido para siempre. Podrá tener vida atormentada, como Pascal, pero si no la ha encontrado estará siempre en trance de encontrar la verdad.

El que piensa y labora para justificar sus actos de tipo moral está en el polo opuesto del ser. Siempre al borde del abismo o en él. Todos los males que asolan a la humanidad se nutren del pensamiento moralista de tales hombres. La multitud, que sólo sabe imitar y tiende a creer en lo cómodo, sigue a menudo su pensamiento, que le sirve para justificar su vida misma.

Cuando se dejan deslizar trasnochados conceptos de «necesidad sexual», estos modos de pensar se presentan ante nosotros. Porque los débiles, los lascivos, los sin freno, piensan siempre conforme al segundo método para justificar sus impurezas, sus amancebamientos, el predominio del polvo que es su cuerpo sobre la inmortalidad, de su alma. Sólo así puede explicarse el concebir la existencia de necesidades

biológicas de carácter decisivo en lo que a lo sexual se refiere.

A nosotros todo esto nos suena a extraño, porque no sabemos de otra virilidad que de aquella que camina por el sendero del sacrificio y del triunfo diario en la lucha contra el cuerpo. Sabemos de la primera caída del hombre, pero sabemos también de la gracia. Y en este conocimiento propio y en su desconocimiento está el eje de nuestro triunfo y el origen de su abyección. La diferencia está entre tener al Señor sólo en los labios o sentirlo en el fondo de nuestro espíritu ayudándonos en nuestro duro caminar.

Nunca he dicho nada en estas páginas como médico. Pero hoy debo hacerlo. Porque es lo cierto que desde el punto de vista biológico, haciendo abstracción de los dogmas morales que señalan el mandato, no se justifica en modo alguno el concepto de la necesidad sexual. Lo sexual es, en cuanto al individuo, un función de lujo, y como tal puede inhibirse y rechazarse. De tal modo que la misma naturaleza lo suprime espontáneamente cuando otras funciones vitales exigen este ahorro. Marañón, a quien se han querido atribuir tantas y tantas razones para justificar científicamente el pecado, decía a los universitarios españoles en 1935: «Es necesario decir a los jóvenes, y que sean los médicos y no los curas los que se lo digan, que la castidad no sólo no es perjudicial; sino ahorro de la vitalidad futura, y que la condición de hombre no se mide por el garbo con que se ejecuta el acto sexual. Por el contrario,